

Cada estrella del cielo una espelunca.  
Si á veces me pregunto pensativo,  
Cuándo el tormento cesará en que vivo,  
Cada astro es una voz que dice. “¡Nunca!”

¡Oh armonía del mundo,  
Del eterno dolor eterno grito!  
¡Oh manantial del sér, negro y profundo!  
¡Oh trabajo infecundo:  
“Verter lo inagotable en lo infinito!”

\*

¿Y es ésta la ventura  
Que á mi angustia mortal brinda el ateo?  
Cuando en el libro de la vida leo,  
Siempre te encuentro, eternidad oscura,  
Y, al descifrar la página futura,  
Creo en el mal cuando en el bien no creo  
¡Triste materialismo,

Tu esperanza más clara y más segura  
Es caer de un abismo en otro abismo!  
¡Si justiciero existe un Dios eterno,  
Infierno puede haber, puede haber gloria,  
Mas si es lo eterno la mundana escoria,  
Y es su ley el dolor, todo es infierno!  
¿Dónde la nada está? ¿Dónde se encierra  
La perdurable paz que ansié demente?  
Eterna la materia, eternamente  
Al sér mantiene con el sér en guerra.

¡Sin la imagen de Dios omnipotente,  
El infinito material aterra!

II

Mas, de improviso, en niebla tan sombría  
La luz de la esperanza reverbera;  
Su faro enciende la conciencia austera;  
Y al puro rayo que su llama envía,  
La impiedad vocinglera

Calla con estupor, como quien viera  
En la alta noche despuntar el día.

En vano á la evidencia me resisto,  
Cuando yo propio el argumento ofrezco  
Contra el error en que tenaz insisto:  
Aborreciendo el padecer, padezco;  
Aborreciendo la existencia, existo;  
Y ¿aún recuso el poder de otro más fuerte  
Que, providente acaso, acaso ciego,  
Insensible á la queja y sordo al ruego,

Dispone de mi suerte?

Si de mí mi destino dependiera,  
Si muerte fuera para mí la muerte,  
¿Cuándo lo que padezco padeciera?

Existe Dios; existe, y en El creo.  
No es mentida ilusión de mi deseo:

¡Cuanto más iracundo

Cierro los ojos á la luz del mundo,  
Mejor su faz en mi conciencia veo!

Los que juzgan inútil su existencia,  
Por más que en la impiedad ciegos se gocen,  
Para fundar su ciencia,  
Sujeto á ley el mundo reconocen.—  
¿Ley sin legislador?—¡Sueño! ¡Demencia!

\*

Pero ese Dios potente soberano  
¿Es de venturas perennal venero?  
¿Es de miserias manantial insano?  
Vengativo, elemento ó justiciero.  
¿Qué es para el hombre, en fin? ¿Padre ó tirano?  
Cuando á veces sus obras considero,  
(Mal que á mi fe y á mi esperanza cuadre),  
Aunque á sus piés postrado le venero,  
Por tirano le tengo, y no por padre.  
Si todo es obra de su fuerte diestra,  
Si en todo brilla su saber profundo,  
¿Quién lanzó á las tinieblas de este mundo  
Tanta cosa siniestra?  
¿Quién puso al tiburón la triple fila  
De sus dientes voraces?  
¿Quién en secreto afile  
Las garras de las fieras montaraces?  
¿Quién erizó la zarza punzadora  
Que el pie desnudo del mendigo araña?  
¿Quién la naciente espiga bienhechora  
En los brazos ahogó de la cizaña?

¿Quién á los ojos del insomne buho  
Dió la atracción que al pájaro fascina?  
¿Quién dirige de noche el triste duo  
Del lince y de la loba en la neblina?  
¿Quién el veneno destiló en el pomo  
De su cóncavo diente á la culebra?  
¿Quién la virtud, cual frágil vidrio, quiebra?  
¿Qué juez firmó, sellándolas con plomo,  
Las sentencias que el báratro celebra,  
Y su pluma infernal limpió en el lomo  
Del tigre, del leopardo y de la cebra?  
Si es Dios creador, y bueno, y soberano,  
¿De dónde nace el mal?—¡Horrible arcano!

\*

¡Nadie examina sin pavor, Dios mío,  
Misterio tan tremendo y tan profundo!  
Más ¡no! cuando en tu luz el alma inundo,  
Yo, á despecho del mal, en Tí confío.  
El mal no es obra tuya: es el vacío  
Que, donde faltas Tu, queda en el mundo!  
Si el mundo como Tú, fuera perfecto,  
Su esencia con tu esencia fundiría,  
Y tus obras quedarán sin efecto:  
El mundo que tu mano formó un día,  
Sólo puede existir siendo imperfecto.  
La imperfección, que es ley de su existencia,  
A todas horas, por doquier, trasluce:

Sólo forzando su bastarda esencia.

Tu sabia providencia,  
De los senos del mal, el bien produce.  
Si tu ardiente mirada no ilumina

La cúpula del cielo,  
La obscuridad sus ámbitos domina,  
Y, entre los pliegues del nocturno velo,  
Hacia la nada la creación camina;  
Si de tu aliento bienhechor carece

La selva enmarañada,  
De efluvios deletéreos impregnada  
La brisa nuestras fuerzas entumece,  
Y la flor de la adelfa nos ofrece  
Su purpurina copa envenenada;  
Si tu mano las rocas no encadena,  
Los altos montes desquiciados crujen;  
Y si tu augusta voz no los refrena,  
El leon y el volcán furiosos rugen.

\*

Y es bien, Señor, es bien que así suceda:  
Sin el terror que en la conciencia queda  
Tras los azares de la humana vida,  
¿Quién habrá que atajar el vuelo pueda  
De la soberbia, que en el alma anida  
Como el ave nocturna en la arboleda?  
¡Oh! Cuando de mi juicio temerario  
Me aparta la razón, á luz más clara

Tu rigor considero necesario:

Si tu mano severa,  
Cuando yerro, mi error no castigara,  
¿En qué tu omnipotencia conociera?

Desde el primer sollozo de la cuna,  
Sed de placer, ardiente, nos devora:  
Cuanto el mundo en sus senos atesora  
Pedimos por tributo á la fortuna;  
Y cuanto bien gozamos

Bajo la esfera de la blanca luna  
Obra de nuestro mérito juzgamos.  
Desvanecido por la dicha el hombre,  
Aunque los ojos torne á lo infinito,  
No ve, Señor, tu sacrosanto nombre  
Con viva luz en el zenit escrito:  
Sus turbios ojos la soberbia empaña,  
Cual polvo por el viento arrebatado;  
Pero al fin te descubre, consternado,  
Si ardiente el llanto sus pupilas baña.

El dolor es la espina punzadora  
Que nos hace bajar la vista al suelo;  
Pero, en las sombras del humano duelo,  
El es también la mano redentora

Que nos indica el cielo.  
El dolor nos advierte  
Que encima de esa bóveda estrellada  
Hay un Dios justo y fuerte,

Arbitro de la vida y de la muerte,  
Señor del universo y de la nada.  
No son dos dioses, no, como allá un día  
    Persia ciega creía;  
Persia, que cuando el cielo contemplaba,  
Dos poderes contrarios descubría:  
Uno que las estrellas inflamaba,  
Otro que las estrellas extinguía.  
Sola una mano el universo mueve.  
    El aire que la nieve  
Cuaja en las altas cimas de Moncayo  
    Es el mismo en que Mayo  
Tibia la esencia de sus flores bebe:  
Así también, sin ira ni desmayo,  
La diestra que los mundos equilibra  
    Es la misma que el rayo  
Sobre la frente de los mundos vibra.  
    Justo á un tiempo y elemento,  
Dios la piedad con el rigor hermana:  
Su cólera, volcán incandescente,  
Confunde á veces la soberbia humana  
Con hórrido aluvión de lava hirviente;  
    ¡Pero, á su pie, la fuente  
Del eterno perdón perenne mana!

\*

Atribulado espíritu, ¡despierta!  
Si á Dios acudes, la esplendente puerta,

Límite de los ámbitos del cielo,  
Jamás cerrada encontrará tu anhelo:  
¡Abierta está, de par en par abierta!  
    La puerta del abismo....  
Esa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo!

\*

Ni ¿qué otro abismo que tu mente obscura?  
Como arrastra el forzado su cadena,  
Sujeta al pie, colgada á la cintura,  
Oh conciencia, en tu lóbrega clausura,  
Cada crimen arrastra en pos su pena.  
No esperes, criminal, con ansia vana  
Esquivar el fatídico escarniento:  
Si á veces duerme la justicia humana,  
Tremenda la justicia soberana  
Suscita el velador remordimiento.  
¡En vano, en vano intentarás la huída!  
¡Seguro, inevitable es el castigo;  
Que, de tí propio acusador testigo,  
    Mientras dura tu vida,  
Donde quiera que vayas, vas contigo!  
    En público y á solas,  
¡Oh miserable criminal perverso!  
Ya cuando ruge el huracán adverso,  
Ya cuando braman las revueltas olas,  
Temes por enemigo al universo;

Y, en el silencio de la noche, cuando  
Vas por la obscura selva caminando  
Si alzas la vista al estrellado cielo,  
Hondo pavor á tu conciencia inspiran  
Esos ojos sin rostro que te miran  
Entre las sombras del nocturno velo.

Como entra en lo profundo  
De la cloaca vil precipitado  
Fuliginoso cieno nauseabundo  
Por la lluvia del cielo arrebatado,  
Así, en negro aluvión, de horror preñado,  
La nocturna tiniebla que á deshora  
Con los rayos del sol barre la aurora  
Se sume en la conciencia del malvado.

Espantosa caverna  
Donde, á manera de nocturnas aves,  
Tristes anidan las congojas graves,  
Su alma vive bañada en noche eterna.

\*

Mas si se vuelve á Dios con fe segura,  
Dios en ella sus dones multiplica,  
Y en luz la anega, y calma su amargura,  
Y al fuego del dolor la purifica.

El dolor—¡oh misterio!—  
El dolor no es el mal: ¡es el cauterio!  
Que á nuestra corrupción el Cielo aplica!

\*

Corazón miserable, nunca dudes  
De la bondad divina en tu impaciencia.

Con santa competencia  
Brillan en Dios potentes dos virtudes:  
Exentas de flaqueza y de sevicia,  
Siempre ante la divina Omnipotencia  
Resiste á la Clemencia la Justicia;  
Mas vence á la Justicia la Clemencia.

¿Por quién tomas á Dios? ¿Por quién?—Su Esencia  
De toda perfección norma segura,

Su bondad evidencia:  
Inmenso es su poder; su inteligencia  
Más que la luz fulgura;  
Y marchita se agosta en su presencia  
Toda humana hermosura.

A sus altos decretos  
El tiempo y el espacio están sujetos.  
Todo á sus santas leyes obedece:  
Desde el astro que inmóvil resplandee  
En la cúpula azul del firmamento,  
Hasta el bólido rauda que parece  
Gallardete de luz tendido al viento.  
Todo á su augusta imperio se sujeta:  
Hasta el vago cometa

Que del cielo se pierde en lo profundo  
O junto al sol tremola  
Tendida al éter la candente cola  
Angurando catástrofes al mundo,  
En su órbita encerrado le venera;  
Y, si de ella se aparta vagabundo,  
Dios, con su mano que en la sombra oculta,  
Lo ataja en la mitad de su carrera,  
Lo prende por la ardiente cabellera,  
Y en los negros espacios lo sepulta.  
Para su voluntad, todo es posible.  
Para su comprensión, todo es pequeño;  
Que, del ser y el no ser, árbitro y dueño,  
El torna en realidad lo inconcebible,  
Y lo evidente, en sueño. —  
¡Triste oprobio de humanas vanidades!  
De unas á otras edades,  
Sombras ayer, mañana resplandores,  
Las antiguas verdades son errores,  
Los antiguos errores son verdades.  
Sólo es segura, oh Dios, tu inteligencia;  
Ciega y muda ante Tí, borra la ciencia  
La página que ha escrito.  
En tu mente se anega lo infinito;  
La eternidad se encoge en tu presencia.  
Tu hermosura pregona el firmamento:  
Ante tu dulce aliento,

Efluvio pestilente  
Despiden los fragantes cinamomos;  
Y los rayos del sol resplandeciente,  
Ante los rayos de tu excelsa frente  
Dicen temblando:—“¡Oh Dios! ¡tinieblas somos!”

\*

Y á esa Esencia divina,  
Que en sí la plenitud del bien encierra,  
¿Puede faltar, oh amor, tu peregrina  
Lumbrera que ilumina  
Los ámbitos del cielo y de la tierra?  
¡Oh dulce ley forzosa!  
¿Qué es el amor, qué es el amor, Dios mio,  
Sino el lujo del ser en quien rebosa  
Vida, fuerza, valor y poderío?  
¡Fuerza! ¡amor! ¡Dos palabras  
Que un solo bien acordes significan!  
Tú, amor, con tu poder el mundo labras:  
Tus alientos los orbes vivifican:  
Por tu saeta herido,  
Su triuo el ruiseñor alza en la olmeda;  
Por tí el águila enreda  
Sobre el alto peñón su toseco nido;  
Por tí el lirio campestre  
Segrega el dulce aroma de su estambre;  
Por tí zumba el enjambre

Que agota el zumo al romeral silvestre;  
A tu hálito fecundo,  
Se inunda en lluvia de placer el mundo:  
Despide la violeta su fragancia,  
Rebosa la colmena, su tesoro  
La vid nudosa en el lagar escancia,  
Y la granada espiga, en letras de oro,  
Repite por los campos:—“¡Abundancia!”  
¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente  
Los astros á los astros eslabona!  
Tú ciñes con tus manos á la frente  
De la noche su espléndida corona:  
Sin tu tierno latido  
Que conmueve los átomos, perdido  
El dulce efluvio que entre sí se envían,  
Como el diamante en el crisol fundido  
Los astros á la nada volverían.  
Tú, más casto, más puro,  
A más sublime condición nos llevas  
Si el alma humana, miterioso, elevas  
Mostrándole en el cielo el bien futuro:  
Tú solitario habitas  
El obscuro rincón de las ermitas  
Perdidas en los páramos desiertos;  
Tú en el retiro y la oración marchitas  
Las frentes de los santos cenobitas  
Que ruegan por los vivos y los muertos.

¡Oh universo, hervidero de la vida,  
Fuente perenne que á torrentes manas,  
Tú, en unión por el cielo bendecida,  
Fuerza y amor hermanas!  
Por más que el hombre su sentido tuerza,  
FUERZA Y AMOR, en Dios como en el hombre,  
Un bien expresan con distinto nombre;  
Y fuerza es el amor, y amor la fuerza.

\*

Y, siendo Dios la Fuerza Omnipotente  
Que el mundo esparce, como esparce el prisma  
Los colores del sol resplandeciente,  
¿No ha de ser el Amor su Esencia misma?  
Señor, que en tu infinito poderío  
El universo riges con tu dedo,  
Sólo de tu piedad duda el impío:  
¿No cabe en Tí, Dios mío,  
La cobarde crueldad, hija del miedo!  
Mal tu poder comprende  
Quien teme que piadoso lo desdore:  
¿El hombre cuyo pecho el odio enciende,  
Es quien tu gloria ofende  
Consagrando en tus aras sus rencores!

\*

¡Alienta, corazón! La Omnipotencia  
No puede ser cruel: el Fuerte es Bueno,  
Y no hay bondad cumplida sin clemencia.

Señor, si al hombre que, de dudas lleno,  
Doblando la rodilla  
Bajo tu pedestal la frente humilla,  
Rechazaras airado de tu seno;  
Si con juicio sereno  
Condenaras su flaca inteligencia  
Por no alcanzar misterios de tu esencia;  
Si, de piedad y compasión ajeno,  
Descargaras en él tu airada mano,  
Y en su error te ensañaras vengativo,—  
Yo mísero mortal, yo vil gusano,  
Yo, que más generoso te concibo,  
Fuera mejor que Tú, Dios soberano!

¡No! mi mente turbada  
Podrá errar si tu Esencia considera;  
Mi inteligencia durará ofuscada,  
Pero mi corazón seguro espera.  
Y es tan viva esta fe, que si del cielo  
Viera hundirse la bóveda estrellada  
Y los mundos volver en corvo vuelo  
A los lóbregos senos de la nada,—  
Del negro espacio en la región vacía,  
Transido de vapor, mudo de espanto,  
¡Dios elemento, Dios santo,  
Yo en tu inmensa bondad esperaría!

¡Oh! cuando el alma hierde  
La luz que en tu mirada centellea,

No hay un átomo en mí que en Tí no crea,  
No hay un átomo en mí que en Tí no espere;  
Y, ciego con los vívidos destellos,  
Que ofuscan mi turbada fantasía,  
A expresarte mi amor no alcanzaría  
Si lenguas se tornaran mis cabellos!

\*

Este férvido amor que á Dios se lanza  
Buscando lo perfecto en lo absoluto,

Esta firme esperanza

Que robustecen el dolor y el luto,

Esta fe poderosa

Que ilumina las sombras del misterio,  
Hablan al corazón en cada fosa  
De tu recinto, ¡oh mudo cementerio!

Por eso, con la mente obscurecida,  
Pero con la conciencia despejada;

Cansado de la vida,

Pero á vivir el alma resignada;

Fiel á Dios y á la esposa

Que en tí cayó desde mis brazos yerta

Y en tu seno esperándome reposa,

¡Oh muda tumba solitaria y fría

Donde ni un eco mi clamor despierta,

Yo, al espirar la luz de cada día

Sin miedo y con amor llamo á tu puertal

ENERO Y FEBRERO DE 1880.